

Concurso de literatura infantil y juvenil Leyendo en casa



Fábula: El águila y la hormiga



En el hueco de uno de esos peñones andinos, altísimos y helados, tenía su nido un águila. Reposaba indolentemente después de una accidentada y fructuosa cacería, cuando, de pronto, una hormiga que había descendido por el peñón hasta la altura del nido, le dijo con respetuosa voz: —Señora águila, ¡buenos días! El águila volvió la cabeza, le dirigió una mirada fulminadora, y no le contestó. La hormiga creyó que no había sido oída, y repitió con voz más fuerte: — ¡Buenos días! —Es increíble que en un cuerpo tan pequeño quepa tanta audacia —dijo el águila—: tu mejor homenaje debería ser el silencio. —Señora, mi pequeñez... —dijo la hormiga. Pero no continuó, pues el águila, levantando el cuello, lanzó un picotazo en dirección de la hormiga para aplastarla.

El choque con la roca fue muy fuerte; pero no lastimó a la hormiga, sino que ésta salió proyectada y en vez de rodar en el abismo, por una curiosa casualidad, cayó sobre la cabeza del águila. La hormiga se golpeó, naturalmente, en la caída; pero luego logró descender hasta la piel, y se agarró fuertemente al pie de una pequeña pluma. Repuesta ya del susto y sintiéndose bien afianzada, comprendió que en aquel instante su situación era muy ventajosa. Esta reflexión le dio ánimo para decir al águila:

— ¡Señora águila! ¡Ahora quien manda soy yo! El águila sacudió su cabeza como un Júpiter indignado. La hormiga le aplicó un mordisco. Entonces sacó una pata del nido e inclinó la cabeza para rascarse, y destruir con garra aquel huésped importuno. La hormiga la mordió otra vez y se preparó para la lucha; lucha espantosa y larga entre su agilidad inteligente y la fuerza ciega de la garra. A cada zarpazo mal acertado, la hormiga contestaba con un fuerte mordisco. Como la cabeza estaba ya sangrando, el águila comprendió que ella misma con su garra se estaba destrozando, y que en tales condiciones la lucha era muy desigual. Entonces se quedó quieta y dijo a la hormiga:

—Dí, ¿qué quieres? —Que vueles —contestó la hormiga. El águila agitó sus alas, y con un ruido semejante al crepitar de un viejo velero, se lanzó al espacio, y pasó por sobre llanuras, bosques y montañas, en raudo vuelo. La hormiga estaba maravillada ante el divino espectáculo de aquella sucesión de horizontes y pensó «¡Qué vasto es

el mundo! Yo no habría podido recorrer esa extensión ni en cinco mil años!» Y ebria de azul y de infinito, gritó al águila:

—¡Más arriba! Y el águila subió y subió hasta llegar a las nubes; pero luego se le vio descender a todo vuelo, jadeante de cansancio, y fue a posarse sobre una elevada cresta cubierta de árboles seculares. Entonces la hormiga soltó la pluma, rodó sobre el plumaje del águila y cayó desvanecida entre las hierbas. Moraleja: La moraleja es viejísima, como el mundo, y es ésta: No debemos desdeñar a los pequeños, y mucho menos ofenderles; porque el Destino se complace a veces en ponerlos sobre nuestra cabeza para hacer más humano nuestro corazón y para castigar nuestra soberbia. (Adaptado de Luis Andrés Zúñiga.)

<https://nacerenhonduras.com/2013/08/fabulas.html>